

TRÉBOLES

Jorge López Medel

Fue curiosa la ocasión en que conocí a la mamá de Katherine, beata dama obcecada en sus convicciones de fe cristiana pero a quien le resulta imposible creer en la existencia de tréboles de cuatro hojas. Durante toda su vida ha sido tan extremadamente religiosa que sus ocho hijos, seis varones y dos mujeres, se dividieron en sus creencias de acuerdo al tipo de influencia, positiva o negativa, que Ethel ejerció sobre ellos: los seis varones son muy devotos mientras que las otras dos, que por cierto son las menores, se volvieron ateas como protesta ante tanto misticismo que ellas consideraron gazmoñería represiva. Pues bien, Ethel vive sola en unos condominios con alberca en Connecticut y yo viajé con Katherine en su carro desde Nueva York, donde ambos residíamos, para pasar el fin de semana con ella. Esto sucedió hace unos siete años. Katherine me puso sobreaviso que su madre era una evangelista de hueso colorado, bastante agresiva en su proselitismo:

—Ya le advertí —me dijo—, que no intente hablarte de sus dogmas si se queda a solas contigo; puede llegar a ser terrible, ella es la primera razón de que me haya hecho tan radical con respeto a todas las instituciones del mundo. Si llega a mencionarte algo de eso, por favor dímelo. En ese aspecto no soy nada tolerante con ella aunque esté próxima a cumplir sus ochenta años.

Katherine y yo comimos ensalada, hamburguesas al carbón con papas asadas y bebimos cerveza, y su mamá probó un pedacito de carne y media copita de vino tinto, diluido en agua por su dieta, en la te-

rraza adoquinada, bordeada de macetas con geranios rojos, blancos, rosas y lilas, cuatro colores como estandartes de las cuatro versiones del evangelio alrededor de las cuales tejó su vida. Fue una muy agradable tarde soleada durante la cual sopló un aire fresco de principios de otoño. Muy a mi pesar, me di cuenta que no podía dejar de sentir simpatía y afiliarme con Ethel en todas sus opiniones, ya que Katherine estuvo totalmente en desacuerdo con cualquiera de sus juicios. Como ejemplos puedo recordarla desdiciendo a su progenitora en que: Las hamburguesas no estaban crudas ni sabían a Keroseno, las papas no se podían comer sin mantequilla, la cadena de la lámpara del desayunador tenía la longitud correcta por lo que no era necesario recortarla, y se negó a tocar el piano para ella cuando pasamos a la sala hasta que yo se lo pedí.

Comprendí en ese maldito instante que los hijos somos crueles con nuestros padres y los tratamos como a niños cuando envejecen; lo comprobé al ver cómo Katherine trataba a su madre: igual que yo a la mía. Alguna vez mamá, al yo tratar de obligarla a comer una sopa que no quería, protestó interpellándome si me estaba vengando de cuando ella me imponía su disciplina. Muy molesto, intenté hacerle ver que una sopa de pollo con verduras era lo que debía de comer por su salud aunque los fideos, deshechos por haberla hecho en olla express, le dieran ese lechoso aspecto desagradable. Le mencioné que por nadar y llevar una dieta sana, la mamá de Katherine viviría muchos años.



Jorge López Medel

—A mí no me pongas a una gringa de modelo porque ellos son de un modo y nosotros de otro —me dijo airada retirándose el tazón de sopa y enseguida, mientras jalaba el sartén de los bisteces para servirse, preguntar con sorna— ¿Y qué come la mamá de tu amiga, tú?

—Su dieta básica es gerber de jamón, zanahorias y espinacas— respondí en serio. Ahogándose entre risas comentó, mientras añadía a su plato una porción de papas: —¿Y quién quiere vivir para comer papilla de espinacas? A mí déjame con mi salsa de huevos, la de chicharrones, frijolititos, café con leche con conchas recién horneadas, tortillas y aguacates. Prefiero vivir menos pero comer lo que me gusta.

—¡Pues así te vas a morir!

—Todos nos vamos a morir, pero unos después de vivir más la vida que otros. Y a pesar de que, según tú, todo lo que como no es sano, ya ves los años que tengo y, aparte de mi problema cardíaco, estoy bastante bien. Espérate y verás, porque yo ya no estaré aquí para comprobarlo, cómo vas a estar tú, a pesar de todo lo que te cuidas, cuando llegues a mi edad. Si llegas...

En un momento en que Katherine entró a darse un duchazo y Ethel y yo nos quedamos solos en la cocina, mientras ella guardaba los trastes y yo estaba sentado a la mesa del desayunador, me preguntó:

—¿Y tú Martín, crees en Jesús?

Jesús es un nombre que en inglés sólo se refiere a Jesucristo. No existe varón en lengua inglesa que se llame así. La cultura anglosajona es así, una vez que se establece una norma, todos la respetan, nadie la cuestiona. Muy diferente a nuestra actitud mexicana de siempre buscar el modo de violar reglas por el simple placer de hacerlo. Así, de la misma manera que Jesús es nombre exclusivo de Jesucristo, tampoco existe familia que se apellide Windsor, ese es privilegio de la familia real británica. Ese apellido está protegido por ley, nadie puede apellidarse Windsor, esto me lo dijo un inglés. Como siempre, tratando de encontrarle fisuras a sistemas tan estrictos que no entienden de flexibilidades, fantaseé un rato con la idea de violar esa ley. Tal vez mediante un cambio de nombre en un juzgado mexicano; pero quién, siendo mexicano, querría apellidarse así. También pensé ponerle Windsor a un perro, ni modo que la corona inglesa me procesara por apropiarme de algo que considerara exclusivamente de ella. Actualmente, en mi sala tengo una silla Windsor que compré por siete dólares (estaba a cincuenta por ciento de descuento) en una tienda del Salvation Army de la calle 125 en Harlem. Obviamente, los diseños del mobiliario Windsor los popularizó esta familia, y mi silla no rompe ninguna regla de la cultura inglesa por llamarse así.

—Sí, claro, creo en Dios —le respondí— creyendo que con esto se terminaría la conversación ya que no tendría entonces que convencerme de nada.

Pero insistió, inquiriendo si yo le rezaba a *Jesús*. Le contesté que no, que yo hablaba directamente con Dios. Se mostró estupefacta y molesta por mi falta de respeto. Me dijo que los cristianos, y tanto católicos como protestantes lo somos, debíamos rezarle a Dios a través de su hijo Jesús, quien para eso había venido al mundo a redimirnos, y no podíamos ser tan soberbios como para atrevernos a rezarle directamente a su Padre. Sin embargo, su plática no pasó de ahí, y cambiamos el tema sin que Katherine se enterara cuando ésta, envuelta en una gruesa bata de toalla, salió del baño escarmentándose el pelo mojado con un enorme peine de dientes separados. No fue sino hasta después de una semana, ya estando yo en Nueva York donde radiqué cuatro años haciendo mi doctorado, que Ethel empezó su asedio por

correo en bellas tarjetas con citas de la Biblia, y telefónicamente con argumentos irrefutables para convencerme de que *su verdad* salvaría mi alma de condenarse en los infiernos. Al principio no me di cuenta de sus intenciones, y también yo le mandaba tarjetitas y la llamaba por teléfono. Se me hacía una buena acción de mi parte dedicarle un poco de mi tiempo a una anciana solitaria. Pero cuando me llegó una pequeña biblia evangelista por correo me puse al alba; y al recibir un segundo libro con la tesis de que la única vía de salvación de las almas es pertenecer a Jesús dentro de la iglesia fundamentalista, sentí la necesidad de poner un alto a tal proceso de adoctrinamiento. En una de nuestras conversaciones telefónicas le hice ver que yo, al igual que ella, fui criado por mi madre dentro de una religión y llegué a mi actual postura de fe a través de mis propias conclusiones, de acuerdo a las cuales actuaba; y de la misma manera que yo respetaba sus creencias y no intentaba convertirla a las mías, le pedí esa actitud en reciprocidad. Le comenté que a mi madre, siempre celosa de todo lo que consideraba suyo, no le gustaría que una mujer igual que ella tratara de cambiar en uno de sus hijos, en un dos por tres, sus enseñanzas católicas de toda la vida. De la misma

manera que a ella, a Ethel, no le agradaría que alguien extraño tratara de destruir su evangelización en los suyos. Le apostillé que todos los humanos somos soberbios y cada quien cree tener la verdad. Aparentemente, recibió mi mensaje y dejó de insistir; y sin embargo seguimos escribiéndonos aunque cada vez más espaciadamente, incluso le envié algunas tarjetas postales ya viviendo yo nuevamente en México.

Lo que se me hace más interesante es que siendo Ethel una mujer con tanta fe religiosa tenga dudas acerca de la existencia de cosas tangibles. Hará un año Katherine me platicó que, como si fuera una niña, un día le preguntó:

—Dime Kathy, ¿realmente existen los tréboles de cuatro hojas, o son una fantasía como el Olimpo, las hadas, los dragones y los vampiros?

Los tréboles son fascinantes. Entre otras cosas, son el símbolo del día de San Patricio, patrono de los católicos irlandeses. Yo tengo mis propias experiencias con respecto a esas plantas y su imputado sortilegio. Recuerdo cuando siendo adolescente vi el primero en manos de Víctor, un amigo que me visitaba, después de haberlo encontrado en mi propio jardín, y cómo me moría de envidia por no haber sido yo el afortunado. Por muchos años, en diversas ocasiones los busqué infructuosamente. Pero un domingo por la tarde, caminando con mi amigo Andrew a lo largo de un canal inglés bordeado de árboles umbrosos por un lado y un amplio espacio soleado cubierto de césped por el otro, me percaté de que nacían tréboles entre el pasto. No sé por qué, tal vez sólo para impresionarlo o quizá debido a una inconsciente intuición esotérica, hincándome y extendiendo mis brazos en actitud teatral, le anuncié:

—¡Voy a encontrar un trébol de cuatro hojas!

Y en el momento de recargar mi rodilla en el suelo, lo vi. Lo arranqué con sumo cuidado tratando de dejarle el tallo lo más largo posible.

—Esto sí que es a lo que llamamos suerte —comenté, más incrédulo por la coincidencia de lo que demostraba.

Con su altivo carácter inglés, alimentado en la Universidad de Oxford, en tono dogmático como si yo hubiera cometido un insolencia, me regañó:





—¡Esas son patrañas! ¡La suerte no existe! ¡Debe haber cientos de ellos entre toda esa hierba!

—Pues encuentra cuando menos uno —dije—, repitiendo una sonrisa y deseando fervientemente que ya no hubiera más o, cuando menos, que no fuera él quien los hallara.

Pasamos la siguiente media hora caminando a gatas sobre el prado buscando en vano los verdes amuletos de la fortuna. En momentos gritábamos, uno u otro, al creer encontrar alguno. Fuimos presas del muy humano fenómeno psicológico de llegar a ver lo que fervientemente se desea que exista y no lo que en realidad es. Las orillas de cada hoja en ese tipo de tréboles termina en dos semicírculos, y por ilusión óptica llegábamos a confundirnos y tener la visión de ocho curvas en lugar de seis, y por ende a percibir cuatro en lugar de tres hojas. Pero no, ya no encontramos ningún otro de esos fetiches. Aquel trébol de cuatro hojas encontrado en la campiña inglesa se lo envié a mi hermana Estefanía por correo como un emblema de mis mejores deseos por su felicidad, ya que me fue imposible asistir a su boda. Y, sin tener la seguridad de que se le pueda atribuir al poder de ese talismán, ya lleva trece años en un matrimonio de lo más venturoso.

Algún tiempo después, en el bazar de la Lagunilla, encontré en venta un trébol con cuatro enormes hojas aún verdes enmarcado en latón dorado entre dos cristales. Lo compré y lo colgué en medio de todos los amuletos que tengo, mis herraduras, una de mula que hallé en un polvoriento sendero de una montaña colombiana y otra rota que se encontró

mamá a la salida de una boda en el empedrado de una hacienda en Huatusco y que gustosamente me dio apenas se la pedí; una llave vieja que, según los psicólogos, simboliza inconscientemente la cultura porque abre puertas; un billete de dos dólares que, según yo, abre más; una pata de conejo, y un pedazo de rosario con su cruz que Estefanía me trajo de Roma para que me protegiera; talismanes que, aunque digo no ser supersticioso, me agrada poseer porque me tranquilizan. Cuando Katherine me contó la duda de su mamá sobre algo real, se me ocurrió obsequiarle mi trébol de la suerte para que como Santo Tomás creyera en la existencia de ellos al ver uno. Entré al desafiante juego competitivo de convencer a tan fervorosa dama de una verdad cuando ella no pudo persuadirme de la suya. Así es que la siguiente vez que vino Katherine a México, le avisé que se lo iba a mandar con ella, pero por angas o mangas la promesa se nos olvidó a ambos y partió sin él. Durante su más reciente visita, hará unos cuatro meses, al encontrarnos para cenar en un restaurante, lo primero que me dijo fue:

—Esta vez no voy a dejar que se te olvide darme el trébol para mamá.

Como respuesta saqué del bolsillo de mi saco el marco que lo contenía y se lo entregué. Lo tomé, admirándolo con un sonriente rostro fascinado y, sin dejar de verlo, expresó más para sí misma que para mí teniéndome enfrente: —¡Wow! ¡Le va a encantar!

Sin embargo, algo que se puede considerar extraordinario de todo lo que me ha pasado con respecto a los tréboles sucedió hará apenas un par de meses. Tuve que ir a Córdoba, el paraíso semitropical de Veracruz, para sacar unas copias de mi acta de nacimiento y como me quedé en casa de mamá, me puse a fisgonear en algunas de las decenas de cajas que atesoraba en todos los cajones de su cómoda. Como acuerdo general, después de su muerte hace más de un año, mis hermanos y yo decidimos que para conservar su casa como la dejó, nadie podía saquearla de fotografías ni recuerdos de nuestra niñez principalmente, ya que el mobiliario, por obvio, estaba descartado de antemano. Al abrir un estuche de jabones finos, encontré un sobre pequeño en papel de lino, amarillento por el paso del tiempo, en el que

con tinta café escribió con su elegante letra Palmer: "En este sobre guardo semillas de trébol de cuatro hojas que me dio Eva". Comprendí que esas simientes no eran de una variedad distinta de plantas en las que todos los tréboles que brotaran tuvieran cuatro hojas, sino que eran semillas mutantes cuyas probabilidades de que nacieran tréboles con una cuarta hoja eran mayores.

Clandestinamente lo aparté para guardarlo después en mi bolsa de viaje. Ya de regreso en mi casa del D.F., abrí el sobre de donde saqué una serie de pequeñísimos tubérculos aplastados con unos largos tallos secos. Llevé estas semillas al patio y las diseminé al pie de un ficus donde han nacido varios tréboles de tres hojas, pensando que por ser un lugar propicio para ellos, tal vez nacieran los de cuatro. No estaba seguro de ello, pues aunque mamá murió hace menos de dos años, es posible que hubiera guardado ese sobre durante varios más y los tubérculos ya no germinaran.

Apenas, el dos de noviembre, Día de Muertos, recibí una tarjeta de Ethel agradeciéndome el "significativo" regalo que le envié, en la cual me pide pensar que las hojas del trébol pueden simbolizar cuatro hermosas cosas que Jesús les da a quienes "Lo aman y Le pertenecen: amor, perdón, paz y alegría." Coincidentemente, el sobre de la tarjeta que me envió es similar al que contenía las semillas de trébol de mamá, lo cual me recordó mi reciente siembra. Por tal motivo, salí enseguida al patio a buscar bajo el ficus y, sin tener la seguridad de que sea o no el resultado de las semillas recién sembradas, descubrí un pequeño trébol de cuatro hojas que me pareció llamante por ser de un terso verde tierno y distinto a todos los demás. Quise pensar que mi nuevo talismán es un regalo hecho por mamá desde el más allá, que continúa dándome cosas a más de un año de su muerte, y en ese día precisamente.

Anoche me habló por teléfono Katherine de Nueva York para saludarme y entre otras cosas, por parecerme una buena anécdota, le conté que el día que llegó la tarjeta de su mamá, descubrí el trébol de las semillas de la mía, a lo que me comentó agradablemente asombrada:

—¡Qué gusto que mamá te haya agradecido tu trébol con una tarjeta, Martín—. No me pareció muy convencida que lo creyera de verdad. Cuando se lo entregué, se le quedó viendo por largo rato con sus lentes bifocales, le daba vueltas para apreciar todas sus perspectivas, lo ponía contra la luz, analizándolo, para finalmente preguntarme: "Kathy, ¿estás segura que esto es real? ¿No te parecen las hojas demasiado grandes para ser de trébol, o que hábilmente le hayan añadido la cuarta hoja?"

Mañana martes, que por cierto es día trece, le mandaré por correo a Ethel el trébol de cuatro hojas de las semillas de mamá que el mismo Día de Muertos en que lo hallé puse a disecar entre las páginas de su Biblia que también sustraje de su casa. Quizás siendo pequeño como la mayoría de las variedades de tréboles que todos conocemos y al no estar enmarcado entre cristales que impidan tocarlo y puedan mantener pegada una cuarta hoja falsa, esta vez la señora sí crea en su verdad. Estoy seguro que mamá aprueba ese envío y que estará sonriendo en el lugar donde se encuentre cuando la mamá de mi amiga lo reciba.

Sta. Ma. de la Ribera de San Cosme, lunes 12 de diciembre de 1994.

Fotografía: Walter Philips y Joe de Maio



